

Todo esto era tan hermoso, así por el labrado como por el material, que los dos embajadores no podían menos de contemplarlo absortos, no cansándose nunca de mirar unas obras, cuya perfección sobrepujaba á todo lo que hasta entonces habían visto. Allí había unos viveros de mármol, llenos del agua más pura, como también pájaros de toda especie, desconocidos en nuestros países, dotados de voces diferentes, de formas y colores extraños, y sobre todo de una apariencia maravillosa para nuestros compatriotas.

»Desde allí los eunucos los condujeron á otros aposentos que en belleza dejaban atrás á los anteriores, tanto como estos á los primeros que vieran, y allí contemplaron una admirable muchedumbre de diferentes cuadrúpedos, de tal forma, que sólo puede imaginarlos el caprichoso pincel del pintor, el fantástico numen del poeta y el alma entregada á los sueños de la noche: cuadrúpedos que sólo producen los países del Mediodía y del Oriente, y que el Occidente no ve jamás, ni oye siquiera mentar.»

Cabe muy fácilmente juzgar de lo que era la riqueza de los califas fatimitas consultando el inventario que el historiador Makrisy nos ha conservado de los objetos que el califa Mostanser (427 de la hégira y 1037 de J.-C.) se vió obligado á vender para satisfacer las exigencias de la milicia que ya hemos citado, y que casi había logrado entonces hacerse dueña del imperio. El testimonio es irrecusable, por ser copia del acta hecha por el intendente del visir, Nasser-ed-Dutah. Ante esta enumeración, dice con justo motivo Mr. Marcel, de quien tomamos el extracto, diríase que todas las riquezas del mundo se habían dado cita en este punto del globo, acumulándose en él durante muchos siglos para diseminarse por las manos de la más vil soldadesca.

Se halla en esta curiosa nomenclatura no recuerdo cuántas *fanegas* de esmeraldas, de rubíes, de perlas, de cornalinas y otras pedrerías; diez y ocho mil jarrones de cristal de roca, algunos de los cuales llegaban á valer 1,000 dinars (15,000 pesetas); treinta y seis mil otros objetos del mismo cristal; una estera de oro de 54 marcos de peso; cuatrocientas jaulas grandes de oro; veintidos mil joyas de ámbar; un turbante adornado de pedrerías, de 130,000 dinars de precio (1,950,000 pesetas); gallos, pavos y gacelas de tamaño natural en oro, é incrustados de perlas y rubíes; mesas de sardónica bastante grandes para que muchas personas pu-

diesen comer en ellas á la vez; una palmera de oro, plantada en una caja también de oro; flores y frutos de tamaño natural, de perlas y rubíes; un jardín cuyo suelo era plata dorada, la tierra ámbar, los árboles plata y los frutos, oro y pedrerías; una tienda de campaña de 500 codos (625 pies) de circunferencia, y de 64 codos (90 pies) de altura, toda de terciopelo y de raso bordado de oro, y cuyas colgaduras debieron ser cargadas en 100 camellos; otra tienda, de tejido de oro puro, sostenida por seis columnas de plata maciza; cubas de plata de 3 quintales de peso; dos mil tapices recamados de oro, uno de los cuales había costado 22,000 dinars (330,000 pesetas), y los de menos valor 1,000 dinars (15,000 pesetas); cincuenta mil piezas de damasco recamadas de oro, y otros muchos objetos.

Para concluir, *Ebn-Abd-el-Azyz*, inspector del tesoro, declara en su memoria que se ha adjudicado en su presencia más de cien mil artículos preciosos y doscientas mil piezas de armería.

Al considerar la enumeración de tales riquezas, el lector no podrá menos de preguntarse: ¿de dónde procedía aquel tesoro? ¿de dónde sacaban los califas las rentas que les permitían juntar aquella opulencia con la cual no puede compararse la de ningún soberano moderno?

La riqueza de los califas tenía dos orígenes diferentes: la producción agrícola del país, por una parte; y las especulaciones comerciales, por otra.

En efecto, Egipto era entonces el depósito del comercio de Europa con Arabia é India; y todas las mercancías que iban de Oriente á Occidente debían pasar por Alejandría.

El florentino Frescobaldi asegura que en su tiempo (1384) se veía más buques en el puerto del Cairo que en Génova ó en Venecia. En el Nilo había 30,000 barcas para cargar ó descargar las mercancías; y puede verse en los precios corrientes que uno de los compañeros de Vasco de Gama inserta en su viaje, cuán grandes eran los beneficios que los califas sacaban de aquel comercio. Por esta misma causa las especias costaban en el Cairo cinco veces más que en Calcuta.

Este manantial de riqueza duró hasta que Vasco de Gama dobló en 1497 el cabo de Buena Esperanza, llegando á la costa de Malabar, que ningún europeo había visto antes, y que sólo los Arabes frecuentaban.

Terrible fué el golpe que este descubrimiento

dió á la fortuna de los califas de Egipto; pues á pesar de las importantes armadas que allí enviaron, no pudieron impedir que los Portugueses se estableciesen en la India, y destruyesen de este modo el comercio de los Arabes con el extremo Oriente, ó sea el más importante manantial de las rentas de los soberanos egipcios.

IV

MONUMENTOS DEJADOS POR LOS ÁRABES EN EGIPTO

Egipto es la única comarca donde puede verse monumentos árabes de todas las épocas, incluso los primeros tiempos del islamismo, y estudiar por consiguiente todas las transformaciones del arte en sus diferentes períodos.

Casi todos los antiguos monumentos de los Arabes que todavía subsisten son mezquitas; y su estudio es tanto más fácil cuanto que las más importantes se hallan en el mismo Cairo.

También el Cairo, excepcion hecha de los barrios que han invadido los europeos, ha continuado guardando todo el carácter árabe, lo cual da una idea bastante exacta de lo que era esta gran ciudad en tiempo de los califas.

Vista de lejos, tiene un sello oriental muy sorprendente, y que quizá ninguna otra ciudad posee hasta ese extremo. Forma la ciudad una masa de casas blancas, con azoteas, sobre las cuales descuellan centenares de esbeltos minaretes que se destacan de un sombrío fondo de palmeras. Desde lo alto de la ciudad esta gran capital presenta un espectáculo mágico; y yo por mi parte no conozco otra ciudad cuya fisonomía produzca tanta impresión.

Son las calles del Cairo, como todas las de Oriente, angostas, irregulares y tortuosas; y en algunos barrios, particularmente en el Cairo viejo, las ventanas, que están en saledizo, casi se tocan unas á otras. La angostura de las calles tiene por consecuencia resguardarlas de los rayos del sol, y conservar siempre un poco de frescor. Es necesario atravesar bajo los abrasadores rayos del sol egipcio las grandes plazas y bulevares á la europea que ya existen en el Cairo, para comprender hasta qué punto en tan terrible clima las calles estrechas llenas de sombra son preferibles á anchas vías caldeadas siempre por un sol de fuego.

La animación de las calles del Cairo ha sorprendido siempre vivamente á los viajeros; y hasta cuando se ha visitado á Damasco, el es-

pectáculo parece interesante; de modo que nosotros hemos pasado muchas horas contemplándolo.

«Entre la multitud abigarrada que allí se agolpa, dice el Dr. Isambert, se discierne al lado del humilde fellah, del beduíno de porte arrogante, del cofta ó del judío de rostro sombrío y concentrado, del griego activo y vivaracho, del kawas arnauta grave y digno, todos los tipos del negro, desde el color de ébano de los habitantes del Sudán, hasta el cutis claro de los berberiscos. Las caravanas procedentes de todos los puntos de Africa y Arabia, los camellos tardíos y solemnes, los asnos ligeros y traviesos galopando montados por los levantinos á la moda, ó por mujeres envueltas en inmensos velos de color oscuro, el bajá que pasa á caballo asfixiándose bajo la levita abotonada del Nizam, los aguadores con sus odres de cuero viscosos, los faquines de todo género, los sais gritadores, siempre dispuestos á pegar con sus corbachos al árabe indolente y hasta á las pobres mujeres fellahinas que no se apresuran á abrirles paso, todo esto constituye un espectáculo tan variado, que el extranjero no se cansa nunca de contemplarlo.»

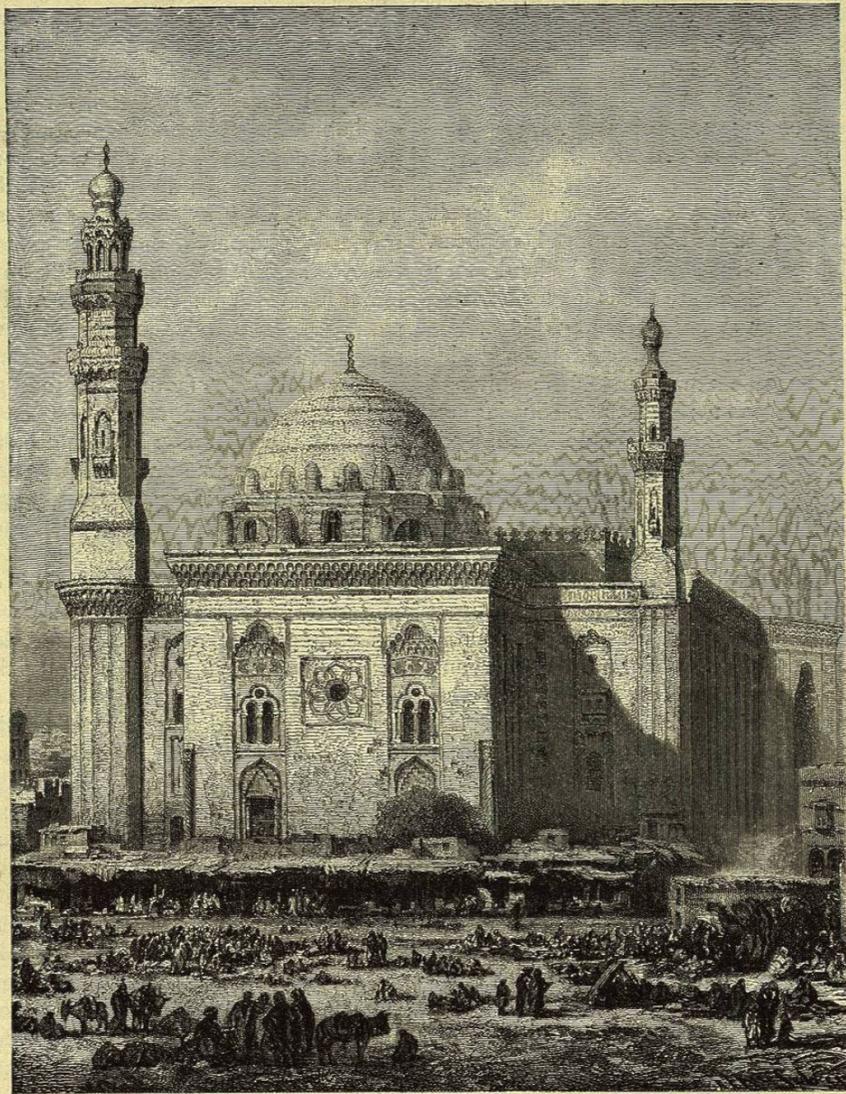
Fué fundada la actual ciudad del Cairo en 359 de la hégira (970 de J.-C.) y sus murallas contenían la antigua ciudad de Fostatt, fundada por Amrú, á la cual estaba destinada á reemplazar.

La nueva ciudad recibió el nombre de El Kahirah (*la Victoriosa*), que los europeos han corrompido en *el Cairo*. Fostatt no es hoy en día más que un arrabal de la ciudad; y la frase de Viejo Cairo con que la designan es muy impropia, porque la ciudad de Amrú, no llevó nunca este nombre.

La nueva ciudad del Cairo quedó terminada tres años después de haberse puesto la primera piedra; y los Fatimitas dedicaron gran parte de sus rentas á embellecerla. Cada soberano se afanaba en sobrepujar á sus antecesores; y los mismos mamelucos, cuando reemplazaron á los califas árabes, tomaron como cosa de honra continuar adornando la ciudad. Pero al pasar á capital de una provincia turca dejó no sólo de embellecerse más, sino también de que siguiesen cuidando de su limpieza; y hoy en día los monumentos más notables se degradan cada vez más; y como nadie se cuida de hacer en ellos ni la más ligera reparación, dentro de poco tiempo no podrán menos de desaparecer. «Ha hecho V. muy bien en venir á visitarlos, me

decía durante mi estancia en el Cairo, uno de los principales personajes de Egipto; porque de aquí á pocos años todo lo digno de verse habrá desaparecido.»

Vamos á examinar rápidamente, por orden



Vista de la mezquita de Hassan

tilo de cada época desde los orígenes del Cairo hasta los tiempos modernos.

Mezquita de Amrú (21 de la hégira, 642 de J.-C.)—Es uno de los más antiguos y venerados santuarios del islamismo, y ochenta compañeros de Mahoma asistieron á su construcción.

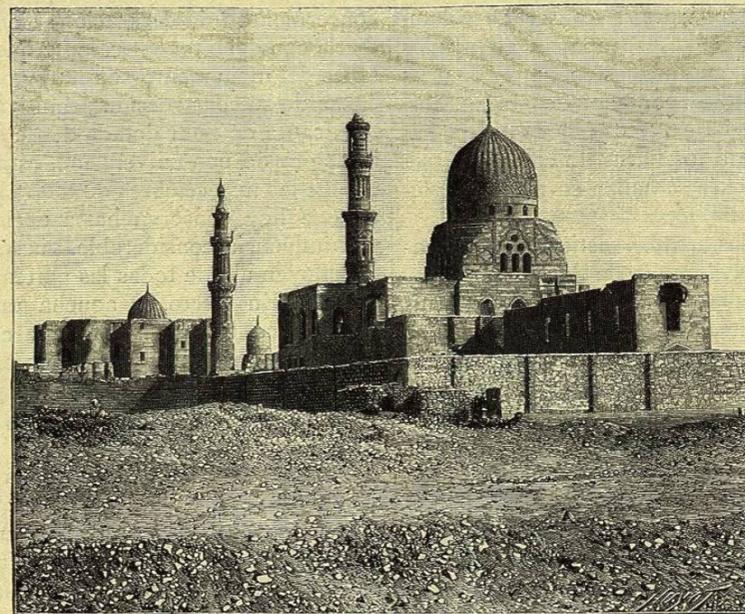
cronológico, los más importantes monumentos del Cairo. En la elección que hemos debido hacer entre las cuatrocientas ó quinientas mezquitas que la ciudad contiene, hemos dado la preferencia á las que representan mejor el es-

Edificada por el conquistador de Egipto, Amrú, ha conservado su nombre; y en tiempo de los cuatro primeros califas, y hasta fines del reinado de los Omniadas, fué la única mezquita que la ciudad poseyó. Es un verdadero tipo de las mezquitas primitivas, y su plan sirvió de modelo durante mucho tiempo.

Tanta sencillez tiene dicho plan que cuando se ha visto en detalle uno de estos antiguos edificios, puede hacerse cuenta de que se los ha visto todos. Constan de un patio rectangular, rodeado de anchas galerías cubiertas, sostenidas por varias hileras de columnas. Un lado de la galería es generalmente más profundo que los demás, y allí se halla el santuario. En el centro del patio existe siempre una fuente para las abluciones, y en los ángulos del monu-

mento cierto número de torres, más ó menos altas, llamadas minaretes.

Delante de las antiguas mezquitas se halla casi siempre un primer patio rodeado de pabellones, destinados á hospedar á los extranjeros, á caballerizas para los caballos y camellos, y á baños públicos y abrevaderos; pues las mezquitas primitivas no sólo eran lugares para la oración, sino también hospederías para los viajeros.



Mezquita funeraria de El-Barquq con las tumbas de los califas.—De fotografía

Las columnas de la mezquita de Amrú se tomaron de diferentes monumentos griegos y romanos; y sostienen unas arcadas que no difieren de las antiguas de arco de medio punto, sino en que son un tanto ojivales en la parte superior, formando ligerísimamente la herradura en la base. Al acentuarse más adelante, la ojiva y el arco traspasado llegaron á ser característicos del arte árabe, y aplicado al perfil de las cúpulas, el arco de herradura les dió una forma esbelta y graciosa, muy superior á los pesados casquetones esféricos y abocinados de los Bizantinos.

El patio rectangular y rodeado de galerías de la mezquita de Amrú no posee ya ahora columnas sino en dos lados que se hacen cara; el otro lado, que corresponde al santuario, posee seis, y las arcadas de cada uno de ellos llegan á 21, lo cual da un total de 126 columnas; pero

como la primera fila está formada de columnas dobles, el número positivo de todas es de 147 para esta parte del monumento.

En el centro del santuario vese, como en todas las mezquitas sin excepción, un nicho terminado en una bóveda (mihrab), que mira hacia la Meca, y delante del cual van los Musulmanes á orar. También hay un púlpito. El mihrab y el púlpito de la mezquita de Amrú son sencillísimos.

Los dos minaretes de ese monumento son también muy sencillos; tienen poca altura; no hay en ellos más que una galería, y acaban en punta.

No se ve en la mezquita de Amrú ni arabescos, ni adornos en estalactita, ni ninguno de aquellos detalles que habían de caracterizar más adelante el arte árabe. Pero á pesar de su sencillez y de su bosque de columnas y arcadas,